

Ernesto Martín

Margarita Perón

PROSA

Prólogo de Máximo Soto Hall

1898

SAN JOSÉ DE C. R.—A. C.

GRAN IMPRENTA Á VAPOR Y CASA EDITORIAL DE ALFREDO GREÑAS

PROLOGO



Los prólogos tuvieron su época triunfal. Hoy no falta quien los denigre, quien los censure. Yo creo, sin embargo, en los prólogos. Un libro no debe saltar á la arena, empujado únicamente por la opinión de su autor; enciende otra chispa la llama que despedirá sus rayos á la vista de todos.

Y con gusto en esta ocasión enciendo el fuego. Amo el arte joven, amo el arte independiente. Ud., mi querido Ernesto, lleva en su alma la flor recién abierta, y amando todas las escuelas no dobla la cerviz ante ninguna. Bajo el ala florida de la juventud y de la libertad vuela su fantasía.

Ama Ud. á Hugo y Zola, ríe con Cervantes, se burla con Quevedo, y leyendo á Shakespeare y Dante siente el marco del abismo. Lo ficticio, lo real, la carcajada, la irónica sonrisa, la verdad de la vida ó el horror del infierno: todo lo sabe sentir: es Ud. un artista.

Escribe como siente y siente bien. Su temperamento es variable como nuestros

climas. Un día es cuentista, otro crítico, otro romántico y las más de las veces mira la verdad tras el lente de su fantasía. Esta constante transformación de su numen hace que su libro, completamente heterogéneo, sea delicioso. Yo sé que Ud. podía haber encausado su talento para hacer una obra de cuentos ó de crítica; pero Ud. escribe cuando quiere y como quiere. Su libro es espontáneo; su libro no es planta de invernadero, ni fuente de jardín. Es talento condensado en caprichos. ¿Que si gustará? Ya lo creo! Lleva Ud. el estandarte de la juventud costarricense en el campo de la literatura y, buen campeón, ceñirá justamente un laurel á su frente al publicar su libro PROSA.

MÁXIMO SOTO HALL.

DEDICATORIA

Al Señor Licenciado

Don MAXIMO FERNANDEZ.

EL AUTOR

PARA ELLA



TU NOMBRE no debe aparecer en este libro. Hay en él páginas oscuras, llenas de tristeza, impregnadas de duelo. Las adelfas amargas de la duda y del desencanto envenenan el ambiente con sus aromas malditos. Tú, blanca, pura, inmaculada aurora, debes destellar en un retazo de cielo, como los astros de la noche.

Este libro está formado con fragmentos de la historia de mi ayer. El que escriba hoy, lleno de ensueños y esperanzas, fragante como la primavera, será para tí. En él mi juventud te ofrendará todas sus flores, mi ilusión todas sus galas.

El de mañana.....quieran los buenos dioses inmortales que salga á vida al influjo de la luz de tus pupilas, al calor de tus caricias, cuando sean una sola nuestras almas!

ARTURO PINTO

ERAMOS hermanos. Nada como esa vida de internado, llena de miserias y holguras, sufrimientos y placeres, para crear afectos que se adhieren á el alma, hasta formar parte de ella misma. En esa suerte común, los organismos afines se buscan y se juntan, como llevados por fuerza poderosa. Y dentro de los muros de nuestra prisión de estudiantes no había para nosotros más que dos seres: Arturo, Pipá. Fué él quien siempre compartió conmigo alegrías y tristezas, premios y castigos; fuí yo su obligado compañero en castigos y premios, tristezas y alegrías. Representábamos en medio de ochenta compañeros algo como un cuerpo extraño, colocado allí por capricho. Los mil incidentes diarios de la vida de cole-

gio pasaban inadvertidos para Pipá, cuando Arturo no tenía que ver nada con ellos, y Arturo no tomaba nota sino de los que á Pipá se referían. Nuestro cariño, un tanto egoísta, como todos los afectos que alcanzan desarrollo grande, había echado un muro, dentro del cual vivíamos exclusivamente el uno para el otro.

Uno mismo era el colorido que animaba nuestros ensueños. A veces concebíamos simultáneamente una misma idea. Jamás llegamos á estar en desacuerdo: nuestros pensamientos eran aves gemelas que hacían idéntica jornada.

Arturo era aficionado á los estudios científicos. Bajo la escalera que enlaza el dormitorio con la planta baja del colegio, se había arreglado un laboratorio, en el cual nos encerrábamos todos los ratos que las clases nos dejaban libres. Aquel era nuestro retiro. Mientras Arturo hacía pasar por cubetas y alambiques informes

—por él mismo contruidos — ácidos y materias químicas, en busca de una preparación impracticable, yo rumiaba alguna estrofa extravagante que nunca llegó á tomar forma.

De pronto, por tácito convenio, dábamos de mano á nuestras ímprobables tareas, y nos poníamos á conversar. Hablábamos de nuestros desencantos, de nuestras ilusiones; de lo que habíamos hecho, de lo que pensábamos hacer. Y soñábamos. Soñábamos acariciados por el eco lejano de los juegos de nuestros compañeros que se divertían ruidosamente, mientras nosotros departíamos como hermanos.

Con frecuencia hablaba de su madre, muerta algunos años antes. Era éste el punto á donde invariablemente iban á dar todas sus conversaciones. — ¡ Ah, si mi madre viviera ! — decía, con el llanto pronto á inundar los ojos. Y entonces me relataba con melancólica entonación la historia de su niñez embellecida por las caricias ma-

ternales, que ahora se le presentaban á él como recuerdos amargos del paraíso perdido para siempre!

Nuestro idilio duró pocos años. Tuvo Arturo que salir del colegio para lanzarse al rudo combate por la vida. El estudiante se convirtió en luchador. Entonces no nos veíamos sino con muy poca frecuencia. Los hermanos estaban separados. Después, cuando menos lo esperaba, vino la muerte á colocar entre nosotros el abismo de una losa que siento pesar sobre mi corazón! La historia de todos los días. Una alma buena, fuerte y generosa, apartada de pronto, por la mano brutal del destino, de esta miserable comedia humana. Es necesario suprimir los elementos simpáticos, las inteligencias nobles, los corazones honrados, para que sea más pesada la carga abrumadora. ¡Dichosa tú, Fuerza Suprema, que puedes alimentarte con el fruto exquisito de la absoluta insensibilidad!

Complácese la muerte en arrancarnos nuestros más caros afectos, en destruir nuestras más vivas simpatías. Parece que la irrita la felicidad humana, que la exasperan nuestras efímeras venturas. Es el monstruo omnipresente que no pierde ocasión de anonadarnos con su omnipotencia.

Era ella la única que podía romper la unión de nuestras almas y ya nuestras almas corren separadas. Pronto se juntarán de nuevo, Arturo.

